

LA EXPERIENCIA MÍSTICA EN *Una temporada en el infierno*

¡Oh Dios, qué violencia!
¡Es necesario morir y obedecer! ¡Jesús Mío!
Me pedís demasiado en una cosa,
pues queréis que muera con Vos sobre la Cruz,
con una muerte mística.
San Pablo

Quizá suene paradójico escribir sobre un tema religioso a partir del análisis de un texto característico por ir en contra de los patrones clásicos de la moral del siglo XIX en Francia: "Delirios I", de *Una temporada en el infierno*, de Arthur Rimbaud. Pero si partimos del concepto de misticismo como la unión entre el alma humana y una Presencia superior, a través del amor, la muerte y la negación de sí mismo, encontramos una similitud entre el misticismo cristiano y dicho poema maldito. El objetivo de este trabajo es analizar ciertas imágenes del poema desde una experiencia mística de la Virgen Loca con el Esposo Infernal.

Rimbaud representa al poeta adolescente que renueva la poesía a partir de una particular visión del arte, dejando atrás las formas castrantes del neoclasicismo y del sentimentalismo romántico. El poeta es un conocedor de sí mismo y "se hace vidente por un largo, inmenso y razonado desarreglo de los sentidos. Todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura; él busca por sí mismo, agota en él todos los venenos para conservar sólo las quintaesencias" (Rimbaud, 1999: 102). En este sentido, el poemario *Una temporada en el infierno* reúne textos que más bien son videncias, y en específico el poema "Delirios I" presenta un tono de revelación profunda ante una experiencia extática similar a la que experimentan los místicos cristia-

nos al tratar de dar una explicación a un evento extraordinario y no antes conocido; por eso se recurre a compararla con una relación amorosa.

Al principio del libro encontramos una especie de prelude sin título y que no pretende justificación alguna, sino introducir; es como la antesala de un lugar llamado infierno. Al analizar el título *Una temporada en el infierno*, podemos interpretar que se trata de una ubicación estética donde el arte se concibe desde estándares "malditos". Ordinariamente, una *temporada* es un tiempo de determinada duración o la estancia en un sitio. El *infierno* "se diferencia del reino de los muertos porque todos los muertos llevan como excepción un mundo de sombras; en muchas religiones es además el lugar del castigo." (Becker, 1997: 171). Y de acuerdo con la fonética, los sonidos y vocales recurrentes de *infierno* y de *inferior* son parecidas (en francés, *enfer* y *inférieur*). En esta interpretación, infierno es relativo a inferior, sin otorgarle un valor peyorativo, con respecto a superior; simplemente es una ubicación espacial.

Ayer, si no recuerdo bien, mi vida era un festín donde se abrían todos los corazones, donde corrían todos los vinos.

Una noche senté a la Belleza en mis rodillas. Y la encontré amarga. Y la injurié. Me armé contra la justicia. (Rimbaud, 1999: 13)

Dicha ubicación del arte derroca los valores clasicistas de "belleza" y "justicia", replanteando el "bien" desde la caridad y no desde códigos morales caducos.

En primer lugar, lo bello no es lo único que hace vibrar interiormente al hombre, también está lo sublime. En su libro *Lo sublime y lo bello*, Emmanuel Kant afirma que la belleza es una emoción agradable y encanta al hombre; a diferencia de lo sublime, que conmueve y no encanta. La conmoción de lo sublime se encuentra en tres grados diferentes: lo *magnífico*, que es una belleza sublime; lo *noble* es asombro tranquilo; y lo *terrorífico* causa terror y melancolía. Es en

el grado de lo *sublime* terrorífico donde podemos ubicar la nueva concepción de la belleza.

En cuanto a la justicia y el bien, la voz poética propone una visión ciertamente muy parecida al misticismo cristiano: la caridad.

Y ahora, últimamente, encontrándome muy cerca de proferir el último ¡cuac!, he pensado buscar la llave del festín antiguo, donde volvería tal vez a tomar apetito. Esta llave es la caridad. ¡Esta inspiración demuestra que soñé! (*Ibid.*: 15).

En este fragmento encontramos una situación límite donde la vida puede llegar a su fin y, tal vez, espere la muerte. Así como en la mística. La voz poética muestra una negación de sí mismo, a lo cual Schopenhauer dice que "cuando la voluntad se ha desvanecido. Sentimos una pro-



funda y dolorosa melancolía cuando comparamos ese estado (la nada) con el nuestro, porque saca a la luz lo miserable de nuestra condición." (Piclin, 1975: 248). Y que es por medio de la contemplación que se obtiene la única manera de consolación.

Después de la experiencia mística, la vida tiene su sentido en la muerte, y con ello se experimenta una indiferencia por cualquier otro sentido. Entonces, el alma humana procura la mortificación —que es una especie de muerte en vida— con la vigilia, el ayuno (o abstinencia) y la oración. Curiosamente se puede aplicar a lo que Rimbaud propuso como un "razonado des-
arreglo de todos los sentidos".

El infierno, en el sentido de esta interpretación del poema, es una celebración, un festín, y

la llave que puede abrirlo de nuevo es la caridad. En el libro *32 de diciembre. La muerte y después de la muerte*, Cabodevilla dice que una forma de anticipar la muerte, o sea la mortificación, es la caridad. A lo que Schopenhauer podría completar: "El descubrimiento de un motivo interesado suprime por completo el valor moral de una acción de valor moral." (Waismann, 1969: 104).

Y diferencia tres fundamentos de las acciones humanas: el egoísmo (bien propio), la maldad (mal ajeno) y la compasión (bien ajeno). Este último valor moral, basado en la caridad, se considera la máxima virtud, porque va más allá de la justicia, pues no busca el bien común, que incluye a quien lo busca, sino el bien del otro, una forma de amor por los demás y de muerte de sí mismo al no luchar por los beneficios propios.

Al final de la antesala al infierno, hay otra voz poética que le habla, para así concluir con que es un escritor condenado, porque los escritores descriptivos no son aceptados. Aunque la poesía, generalmente, no es descripción, en este caso es necesaria, porque la está haciendo con lo desconocido, le está dando forma a sus visiones.

Hablar del parentesco entre la experiencia poética y la experiencia mística no es en balde, si analizamos que en la parte central (en cuanto a localización) de *Una temporada en el infierno*, están "Delirios" I y II. En el primero es el encuentro con otro compañero de infierno, o sea la Virgen Loca, y el segundo es la Alquimia del Verbo: el encuentro entre una experiencia mística que dice lo desconocido y la poética que hace lo mismo. Por eso, desde este momento, le llamaremos alquimista a la voz poética del inicio.

En "Delirios I", la Virgen Loca se atreve a decir su confesión para después "gritarla veinte veces". Habla de su experiencia personal con el Esposo Infernal, en primera y segunda personas del singular y el plural. En esta confesión interviene también la voz del alquimista,

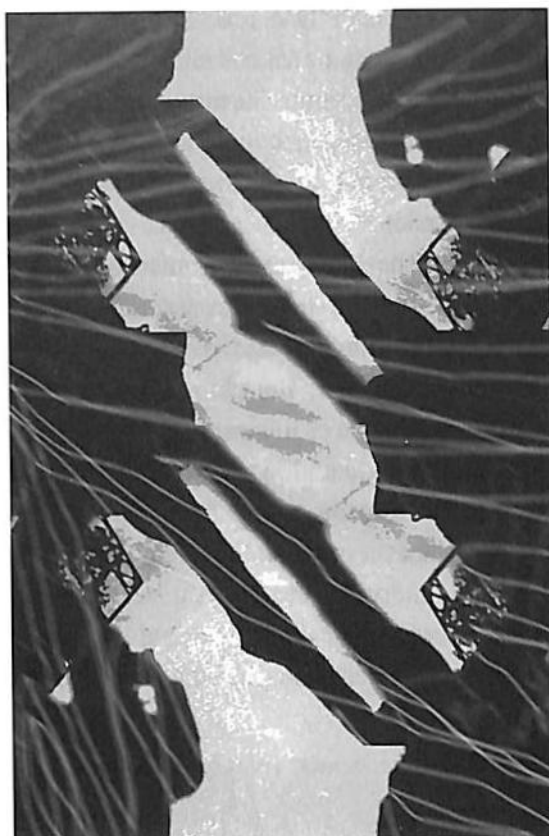


pues no olvidemos que es él quien lo está contando en su visita al infierno quien empieza anunciando la confesión de la loca. Ella primero le habla al Esposo Infernal, luego se dirige a sus amigos y al alquimista. Cuenta lo que hacen como pareja, lo que piensa, lo que siente, y cita las palabras de su esposo. El alquimista concluye que es una extraña pareja.

¿Quién es la Virgen Loca? Es una de las tantas siervas del Esposo Infernal. Dice ser la más triste. Está perdida, borracha (desordenada de los sentidos); impura. Realiza actos de contrición de verdadero dolor: ya era del esposo sin conocerlo. Está plena de la esencia de los demás, está absolutizada, "cargada con el desprecio de los más despreciables corazones". Todo le está permitido: ha perdido la cordura; está de luto (viuda), llora y tiene miedo. Ella escucha y sigue al Esposo Infernal. En cuanto a él, no es un hombre ni un fantasma: es un demonio; su naturaleza no es humana; por lo tanto, es superior a la del alma que lo sigue. Es casi un niño. Fascina con "misteriosas delicadezas". No está en el mundo, tiene voto de evadirse de la realidad. "Fingía saber todo"; era un peligro para la sociedad. Piadosamente, habla de "la muerte que hace arrepentir, de los desventurados, los penosos trabajos y las despedidas que rasgan el corazón". Y también se burlaba de los hombres, avergonzaba a la loca. Quiere riqueza "manchada de sangre", "volverse loco de rabia".

Ella estaba convencida de que no podía entrar al mundo en que él vivía; sin embargo, lo seguía a donde iba. Por él, renunció a "las obligaciones del mundo". Ella le hizo prometer que no la abandonaría, pues él le dijo que su destino era ayudar a los demás, y tenía que irse. Se emborrachaban juntos, rodaban. La abrazaba y la besaba en amistad, platicaban, se lastimaban; ella le decía que lo comprendía y él la mataba con su dulzura o sus frivolidades. "¡Cómo describírselos! No sé ni siquiera hablar". (Rimbaud, 1999: 45).

Montserrat Reyes Márquez, *Sombras* 8.



Parte del sufrimiento de la experiencia mística es la imposibilidad de poner en común (comunicar) lo que existe sin forma; de ahí la soledad. Cuando el místico inventa una forma para decirlo, hace poesía. Pero cuando logra decirlo, son pocos los que lo comprenden. "¡Ah, sufro, grito! Sufro verdaderamente. Sin embargo todo me está permitido, cargada con el desprecio de los más despreciables corazones." (*Ibid.*: 43).

Podría decirse que la experiencia mística es un sufrimiento voluntario, en el que se ejerce la libertad para seguir a esa Presencia superior que se torna Ausencia. El místico se vuelve insoportable al mundo, porque ha renunciado a él para seguir a la Presencia, aún sabiendo que nunca podrá entrar en su mundo. "Pero yo que he perdido la cordura, que estoy condenada y muerta para el mundo. ¡No me matarán! [...] Estoy enlutada, lloro, tengo miedo. ¡Un poco de frescura, Señor, si tú lo quieres, por favor si tú lo quieres!" (*Ibid.*: 45).

Pero el mundo ya no tiene fuerza para matar al alma mística, que muere por seguir a la

Presencia, quien la gobierna. Se eleva la voluntad a la Voluntad. "Sus misteriosas delicadezas me fascinaron. Olvidé todos mis deberes humanos por seguirlo. ¡Perra vida! La verdadera vida está ausente." (*ídem*).

Es un misterio cómo la Presencia va conquistando el alma humana, pues sus dulzuras empalagan a veces; a veces, tanto dulce amarga cuando sólo se vive todavía en el mundo, porque no se puede vivir mucho tiempo renunciando a él. Cuando el místico por fin muere, termina la vida y comienza la Vida. "Variadas noches, me atrapaba su demonio, rodábamos. ¡Luchaba con él! [...] Yo le seguía era necesario." (*Ibid.*: 49).

La contemplación en la experiencia mística puede llegar al contacto sensorial, en que no sólo el alma la siente, sino también el cuerpo. Parece que se rueda, que se cae en un abismo que va ascendiendo: un vacío llenado con vacío. "En fin, su caridad está hechizada y yo soy prisionero de ella [...] Yo estaba en su alma como en un palacio que se ha vaciado para no ver personas tan poco nobles como ustedes." (*Ibid.*: 51).

La nobleza de la que se habla no es de honores humanos, pues podría coincidir con el fundamento de acción de la compasión que propuso Schopenhauer. La caridad es la base de la entrega amorosa en una relación mística, el desprendimiento de sí para el otro. A veces, puede parecer que la Presencia no busca el bien del alma, a causa de tanto sufrimiento, pero ella sabe que sí recibe el bien de su amado, a veces incluso a costa del propio. "¡Ay de mí! Dependí completamente de él. Pero ¿qué haría con mi existencia cobarde e incolora? ¡Nada era mejor, sino la muerte!" (*ídem*).

Ciertamente, el alma se descubre iluminada (en color y en luz) debido a la Presencia. La relación con ella se vuelve una necesidad, la única dependencia que tiene el alma liberada de los apetitos mundanos. "Así mi pena se renovaba sin cesar, encontrándome cada vez más extraviada a mis ojos —como a los ojos de los

que hubieran querido mirarme, de no estar condenada para siempre al olvido de todos!— tenía más y más hambre de su bondad." (*ídem*).

Sólo contemplando a la Presencia se puede contemplar el alma mística, que ya no se entiende a sí misma, y que los otros han abandonado. "Con sus besos y abrazos amistosos, era como un cielo, un cielo oscuro, donde yo entraba, donde yo quería ser abandonada, pobre, sorda, muda, ciega. Me fui acostumbrando. Veía a ambos como a dos buenos muchachos, libres para pasearnos en el paraíso de la tristeza." (*ídem*).

La experiencia mística no es solamente un acto amoroso, es también amistoso, porque hay momentos en que no se espera nada del otro; y en el amor, el egoísmo a veces puede disfrasarse y esperar más del otro. La tristeza que se vive no es mundana, es paradisíaca; es más agradable que las alegrías del mundo. De esto se da cuenta el alma en contemplación, que es el abandono en la Presencia sobrepasando los sentidos.

Nos entendíamos. Emocionados, trabajábamos juntos. Pero, después de una penetrante caricia decía: cuando ya no esté contigo te parecerá extraño todo lo que hemos pasado. Cuando ya no tengas mis brazos en tu cuello, ni mi corazón para que descanses, ni esta boca sobre tus ojos. Porque un día me iré muy lejos. Necesito ayudar a los otros: es mi deber. Aunque, en verdad, no es muy agradable..., querida alma... (*Ibid.*: 53).

Es importante decir que la experiencia mística también corre el riesgo de perder la plenitud si no se lleva la contemplación a la acción. El alma trabaja para y con la Presencia, pero ésta, ejemplo de caridad, deja Ausencia, porque también va con otras almas. No cabe duda que el alquimista tiene razón: "¡Que extraña pareja!" No sentir celos porque el amado sea el Esposo de otras tantas almas como ella, y que en caridad, el alma también ame a otro que la golpea. "Inmediatamente me veía, después de su partida,

presa del vértigo, hundida en la sombra más horrenda: la muerte. Y le hice prometer que no me abandonaría nunca." (*Ídem*).

Recordemos que el Esposo no es hombre, por eso puede ver sin estar ahí, cuando el alma siente su abandono, queda la Ausencia presente. Algunos dicen que no es abandono, es un ocultamiento en el alma misma. "A ratos, olvido la piedad en que he caído[...] ¿Le habla a Dios? ¿Tal vez debería dirigirme a Dios? Estoy en lo más hondo del abismo y no sé ya rezar." (*Ídem*).

En la *Divina Comedia*, Beatriz explica a Dante que ya no la puede ver porque no necesita contemplarla con los ojos, pues está más cerca de ella. Así pasa con la Presencia: cuando se está más cerca de ella pareciera que no se sabe rezar, pero ya no es necesario. La loca da la posibilidad de que su Esposo tenga vínculos con Dios. "Me agrade, pasa las horas avergonzándome de todo lo que ha podido conmoverme en el mundo, y se indigna si lloro." (*Ibid.*: 55).

El alma mística siente vergüenza de la pureza de la Presencia y llora; pero ésta no quiere llantos innecesarios; por lo tanto, los demás llantos son una necesidad.

Al final de su confesión, la loca le dice a alguien –que puede ser el alquimista pues él sabe la historia para contarla–, que "una mujer se consagró a amar a este malvado imbécil", refiriéndose a un "joven elegante" del que no sabe cómo se llama. La loca le pide (al alquimista) que mate a ese joven que fue causa de la muerte de esa mujer, aunque ahora sea una santa en el cielo: "Ese es el destino, de nosotros, corazones caritativos", el de dar o recibir muerte. Las mujeres muertas, llamadas por convención "santas", son las que se consagran a Jesucristo. Por lo tanto, ese joven elegante pue-



Montserrat Reyes Márquez. *Alma*.

de ser él. De esta forma aclara que el Esposo no necesariamente es él. "Un día quizá desaparecerá maravillosamente. ¡Pero necesito saber si va a ascender al cielo, para que vea al menos la ascensión de mi pequeño amigo." (*Ídem*).

El cielo y el infierno no están peleados. El infierno es inferior y el cielo superior, puesto que se asciende, pero como se dice en el Kybalión: "como es arriba es abajo".

Una temporada en el infierno es un conjunto de uniones del tiempo con el espacio para generar la temporada: el cielo con el infierno. Como sólo la unión puede darse entre elementos contrarios de la misma especie –y yo agregaría valor–, el cielo no es más que el infierno: en el cielo existen almas santas, en el infierno Vírgenes Locas. Pero la mística sólo puede darse en el mundo, en un estado de muerte que lleva de paseo al infierno o al cielo.

Después de todo, si viésemos la vida humana de una santa, ¿no nos atreveríamos a llamarla virgen loca? LC

BIBLIOGRAFÍA

- Becker, Udo (1997), *Enciclopedia de los símbolos*, México, Océano.
- Cabodevilla, José María (1969), *32 de diciembre. La muerte y más allá de la muerte*, Madrid, Católica.
- Kant, Emmanuel (1965), *Lo bello y lo sublime*, Madrid, Espasa Calpe.
- Piclin, Michael (1975), *Schopenhauer o trágico de la voluntad*, Madrid, EDAF.
- Rimbaud, Arthur (1999), *Una temporada en el infierno y carta*, 5ª ed., Colección Reino Imaginario, México, Ediciones Coyoacán, Trad. Marco Antonio Campos.
- Waismann, Abraham (1968), *Schopenhauer*, Argentina, Centro Editorial de América Latina.